
SEXTA CONFERENCIA

DIFICULTADES DEL ACTO DE FE EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

Después de haber establecido como un hecho histórico innegable la afirmación por la cual Jesús ha enseñado, probado, testificado hasta por la muerte su filiación divina; después de haber examinado y reconocido el valor irrecusable de su testimonio, hemos por lo mismo adquirido ante la razón el derecho de creer en la divinidad de Jesús. Atended, Señores, á esta expresión: el derecho de creer. Se deja de creer, no importa cómo; más para creer, es preciso tener no sólo el deber, sino el derecho. Este precede aquí al deber: ninguno puede creer, si para ello no tiene derecho, y la razón es quien se lo confiere.

Esta frase puede parecer extraña; pero es absolutamente cierta; de lo contrario se seguiría, para vergüenza de toda creencia, que la fe es arbitraria y que se puede, al antojo, tenerla ó no; en tanto que se convierte en derecho y en deber para quien quiera que examine y reconozca los títulos que la fe presenta.

Parece, desde luego, que todos los que se han dado cuenta de una manera seria, de la creencia en la divinidad de Jesús, deberían aceptar este hecho, esta verdad transcendental. Pues nada de eso: porque el hombre tiene el poder de rehusar su adhesión aun á cosas afirmadas por testigos fidedignos; poder temible de que usa, ó mejor dicho, de que abusa.

En la actualidad ¡cuántos hombres que han prestado atención á esa gran verdad de que Jesús ha testificado su filiación divina; que han reconocido, por un exámen sincero y racional, que el testimonio de Jesús era aceptable, se rehusan á dar asenso á esa verdad probada! Violan un deber, se sustraen á un derecho, no haciendo uso de él y siendo culpables de no hacerlo.

Muchas veces me he admirado, lo diré con la ingenuidad de mi fe y la sencillez de mi naturaleza, á pesar de la experiencia que he adquirido de las contradicciones y rebeldías de la conciencia humana, me he admirado muchas veces de que esos hombres hayan podido substraerse tan fácilmente á la fe en la divinidad de Jesús. Y á mi admiración se añade una amarga tristeza, porque nada aflige más al corazón del hombre recto, que ver desdeñada, desconocida, rechazada, una verdad que resplandece ante todos los ojos.

Sin embargo, cualquiera que reflexione sobre lo que implica la divinidad de Jesús; sobre el acto de fe que ella exige; sobre la naturaleza misma de la razón, ya se admi-

rará menos de la facilidad con que el hombre se rehusa á creer.

Hay dos clases de verdades: las que podemos demostrar hasta la evidencia intrínseca; y las que sólo podemos demostrar por motivos extrínsecos. Las primeras están en plena claridad; las segundas permanecen, no obstante su credibilidad manifiesta, en la sombra del misterio.

Para las primeras, la evidencia es tal, que la inteligencia queda ligada, subyugada, vencida, y se inclina forzosamente.

Vosotros me mostrais en las ciencias un hecho que mis ojos pueden ver; yo lo acepto sin discusión. Me probais un aserto por un silogismo que me permite apreciar distintamente la conclusión envuelta en las premisas, y vuestro silogismo tiene toda la claridad de la evidencia: en estas condiciones la razón por sí sola asiente de modo deliberado y sin resistencia.

Pero las cosas pasan de otra manera cuando se trata de una verdad en donde no hay evidencia intrínseca, como en la filiación divina de Jesús. Un testigo la asegura verdad,—es Jesús mismo,—la afirma y la confirma por signos exteriores evidentes; pero si ese testimonio y esos signos le dan la credibilidad, no le dan la evidencia. Pues bien, la inteligencia humana, como no puede ser obligada y vencida sino por la evidencia, preciso es en tal caso,—retened esto, Señores, que os explicará una de las causas generales y precisas de la incredulidad de muchos,—es preciso que la voluntad intervenga, mande al espíritu y diga á la razón: "Inclínate; hé ahí un testigo que habla, dice la verdad, porque tiene todas las garantías del testimonio; inclínate, á pesar del misterio que envuelve la realidad de lo que él testifica."

Ya veis que en ciertas cosas la evidencia es soberana, y

en otras lo es el testimonio. En este caso la voluntad debe mandar á la inteligencia, porque el testigo es aceptable; pero si la voluntad no manda, no habrá fe. Ahora bien, hay multitud de voluntades que no ordenan á la razón asentir; de ahí la incredulidad respecto de la divinidad de Jesús. Es este, Señores, un fenómeno interesante que conviene estudiar. Si la voluntad queda inerte, debe estar paralizada, inmovilizada por algún obstáculo. Todas las dificultades que paralizan y atacan la voluntad y la inteligencia del hombre cuando se trata de creer, se deben á tres causas: una intrínseca, es el mismo acto de fe; otra, que yo llamaría subjetiva, corresponde al sujeto, á su estado psicológico intelectual y moral; la tercera, en fin, que llamaré general, extrínseca, es el medio en que vive el sujeto y cuyas influencias le oprimen por todas partes.

Persuadido de que una vez conocidas las dificultades, están casi vencidas, voy con vosotros á examinar uno á uno los obstáculos que nos impiden adherirnos á la creencia en la divinidad de Jesús, Hijo de Dios, é hijo del hombre.

La primera fuente de dificultades que se oponen á la fe es el acto de fe mismo.

Si no se tratase, cuando se cree, más que de formular con los labios ese dogma de que Jesús es el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, ello sería muy sencillo. Si no se tratase, todavía, más que de formularlo superficialmente con el espíritu, también sería sencillo. Pero el acto de fe va más lejos; arrebatá á todo el sér humano, lo aplica todo entero á la verdad de que el acto mismo es objeto.

En efecto, al mandar á la inteligencia que asienta al hecho de que la divinidad está en Jesús, la voluntad entra en acción. Y como no puede obrar sino bajo el imperio de la razón que le ha demostrado la credibilidad de los testi-

monios, la inteligencia tiene también una parte esencial en el acto de creer.

Hé ahí, pues, las dos grandes facultades del sér humano puestas en movimiento. Y hay más: cuando la inteligencia, movida por la voluntad, acepta esa verdad de que Jesús es el Hijo de Dios, tal aceptación trae consigo graves, temibles consecuencias.

En efecto, si Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios y si lo reconocemos como tal, por ese mismo hecho abdicamos ante El. Nos imponemos un amo en el orden intelectual, en el del pensamiento, porque es evidente que si el Hijo de Dios nos habla, preciso será escucharlo. Nos lo imponemos en el orden de la voluntad, porque si el Hijo de Dios nos da preceptos, fuerza será seguirlos. Nos lo imponemos en el orden de la afección, porque si el Hijo de Dios está ahí, preciso será amarlo, y amarlo como lo merece, con amor soberano. Nos lo imponemos en el orden de la actividad, porque si El manda en nuestras voluntades, en nuestras aficiones y sentimientos ¿qué nos quedará? La inteligencia, la voluntad, la afección, el sentimiento, ¿no encierran toda la actividad humana?

¡Imponerse un amo! ¿Comprendeis, Señores, todo lo que se contiene en estas solas palabras? Imponerse un amo es no pertenecerse, y nada hay más duro que eso y más contrario para el hombre que se define, se quiere y se siente dueño de sus actos, de su pensamiento, de su voluntad, de su sentir, de su actividad, de todo su sér, en una palabra.

Así cuando la voluntad rehusa imponer á la inteligencia el acto de fe en la divinidad de Jesús, la primera causa de esa repulsa, estad seguros de ello, es el temor secreto, no confesado, de imponerse un amo. Instintivamente el hombre quiere pertenecerse, se inclina con dificultad

ante una soberanía extraña; pretende pensar y querer de por sí, amar y obrar á su gusto. Pero pensar, querer, amar y obrar bajo la influencia y el imperio de otro, ¡eso no!

Y ciertamente, muy á propósito vengo en estos tiempos en que es tan vivo el sentimiento de la individualidad,—no digo excesivo, aunque la expresión en nada sobrepasa á la realidad—muy á propósito vengo en estos tiempos á hablar sobre las dificultades de creer; pero ¿cómo pasarlas desapercibidas?

¿No las hemos experimentado todos? ¿No estamos todos amasados de la misma materia? ¿No respiramos todos el mismo aire? ¿No tenemos todos las mismas pasiones, las mismas tendencias? Y puesto que la fiebre de independencia reina hoy, ¿quién puede lisonjearse de no haber sentido algunos accesos de ella? Entre los propios fieles, ¿quién es el que, creyendo con fe razonada y convencida, no ha comprendido que el acto de creer implica una renuncia dolorosa?

Vosotros conocéis, Señores, la esclavitud antigua; el alma moderna no puede contener su indignación, su rebelión y su cólera, contra aquellos tiempos en que tan pesadamente reinaba esa esclavitud sobre las dos terceras partes de la humanidad, con aprobación de los mismos filósofos, que la consideraban como una necesidad de la naturaleza. Y no obstante, á pesar de sus cadenas y á despecho de la servidumbre material que pesaba sobre su cuerpo, el esclavo, el manumiso, podía conservar un alma libre. Mientras vosotros, que creéis en Jesús, conserváis la libertad de vuestros miembros, podeis ir y venir por aquí ó por allá; pero hay algo que el maestro divino os quita, y es la autonomía de la conciencia.

Sí, cristiano, tú podrás ir y venir, podrás hacer exteriormente lo que te dicte tu voluntad y aun tu capricho, cuan-

do la moral no te lo impida, pero no podrás lo que cuadre á tu capricho intelectual, ni querer lo que tu deseo te sugiera, ni amar en la independencia de tu corazón inconstante; no podrás variar en el orden de la actividad en que los intereses se hallan en juego, sin que el Cristo se levante ante tí, sin que el Hijo de Dios no te diga en su absoluta soberanía, lo que se debe pensar, lo que se debe amar, lo que se debe querer, lo que se debe hacer. Por el contrario del esclavo antiguo, tu cuerpo está libre y tu alma encadenada.

Hé ahí el acto de fe en su temible tenor, en su austeridad, en la grandeza de su sacrificio.

Cuando el cristianismo lo hace, no con los labios, como los que aparentan creer y en realidad creen tanto como el último de los paganos; sino en la plenitud de su conciencia y de su voluntad, puede repetir la frase de San Pablo: "Yo no vivo ya: es el Cristo quien vive en mí" No hay, Señores, un verdadero creyente que no sea un sacrificado, un esclavo de Jesús, Hijo de Dios; esclavo sublime, sin duda, pero esclavo.

Y nosotros tenemos á mucho honor, nosotros que poseemos un alma libre ante los hombres, ensalzamos esa esclavitud con un entusiasmo que jamás ha conocido el liberto más independiente y más ebrio de libertad.

¿Qué me importa, después de todo, ser dueño de mí mismo, si soy también mi propio tirano? Lo que pido es ser esclavo de la verdad y del bien universal. ¡Oh, Cristo! cuando tú nos has pedido fe, has entrado en nosotros con la verdad que domina al espíritu, y yo te adoro; con el bien universal que es ley de la voluntad, y yo te adoro también, con el amor, el amor eterno que sólo Dios conoce, y yo te adoro siempre! ¿Qué me importa que yo no sea yo; qué me importa que nuestro miserable individuo sea

inmolado en holocausto? ¡Viva ese sacrificio en que el individuo renuncia á sí, sale de sus límites y de su nada y se sacrifica para no pertenecer en adelante más que á la verdad, al bien y al amor eternos!

Esa es la primera dificultad de creer, y estad seguros de que la siento más que nadie; estoy lleno de compasión para esos pobres incrédulos que se sustraen á la luz. Yo los conozco bien; retroceden ante la pira del sacrificio; esto es humano. Los creyentes van á arrojarse en sus llamas sagradas: esto es bello y es heroico. En todo el que cree en el Hijo de Dios hay la estofa de un héroe. Y no digo en todos los creyentes. De todos los maestros religiosos, Jesús es el único que tiene derecho de pedir ese heroísmo, porque, siendo el Hijo de Dios, es la verdad, el amor y el bien total.

En cuanto á los otros, tomo mi revancha contra ellos. De nosotros creyentes, no hay servidumbre alguna que merezca un aplauso; no hay cadena, que para ser forjada encuentre el más pequeño martillo entre nosotros. Nosotros dejamos las cadenas para los traficantes de esclavos.

Y bien, esclavo por esclavo, prefiero, mejor que á los que lo son de sí mismos ó de la turba humana, los gloriosos y dulces esclavos de Dios.

Vistas las dificultades inherentes al acto mismo de fe, debo señalaros otras no menos graves ni temibles, que resultan de nuestro estado psicológico intelectual y moral.

Si consideramos el estado actual de los hombres, de los espíritus, los vemos divididos en cuatro categorías: La primera comprende á los que viven ó creen vivir por el espíritu, los que piensan ó creen pensar y en quienes prepondera la cabeza; y la segunda, á aquellos en quienes domina el corazón y que viven por él,—las mujeres me comprenden,—la tercera, aquellos á quienes la actividad mate-

rial domina y absorbe; trabajadores de toda clase y de toda talla, desde el ingeniero politécnico, hasta el humilde y obscuro obrero de la mina; la cuarta, en fin, á los que son gobernados por las pasiones y se entregan á instintos más ó menos desordenados. En estas cuatro categorías se resume toda la masa humana.

Pues bien, Señores, en cualquiera de ellas que yo considere, encuentro siempre dificultades especiales y temibles para el acto de fe en la divinidad de Jesús.

Véanse primero los que piensan ó creen pensar. Dejo á un lado los grandes espíritus. No me permitiré aquí citarlos ni conversar con ellos: no sería competente para eso. Y luego, sobrepasan tanto el nivel humano, que apenas hay quien ose, aún en nuestro tiempo democrático y nivelador, dirigirse á tales majestades. Tomo el término medio, es decir, aquellos que tienen, no cierta cultura, sino la cultura de su época; aquellos cuyo cerebro se halla á la altura de la civilización presente.

Y bien, estos tienen una gran dificultad para el acto de fe; y he aquí el motivo oculto. Todos ellos tienen un pequeño sistema racional,—así lo creen, al menos,—sistema muy variado, según los individuos: se llama, en unos, el escepticismo más ó menos transcendental y más ó menos apoyado en la lógica, el análisis ó la experiencia; en otros, el idealismo; en otros, el panteísmo; en éstos el positivismo; en aquellos, un materialismo intratable, en otros, . . . ¿qué? ¡Nada, nada! Desde el momento en que se afirma, se alejan; tienen horror á la afirmación; se abstienen de resolver; es eso el sistema que aplicado al orden de las cosas transcendentales, se llamaría el agnosticismo.

Notad que este sistema de que esos espíritus están armados,—no digo cubiertos, aunque cubierto se dice de un casco, y es un verdadero casco el que llevan—este siste-

ma, no es el resultado de estudio profundo. Han ido á buscarlo en casa del proveedor, les ha quedado bien: he aquí un sombrero que me viene: lo tomo. Cuando vais á tratar con espíritus que así están armados de uno de los sistemas que acabo de indicar, no os es posible conducirlos á ningún acto de fe.

Esas teorías, en efecto, son precisamente la negación de toda fe: chocáis contra un muro; disparáis contra una coraza impenetrable para el proyectil. Toda lucha es imposible, y no hay fe que pueda triunfar de tal estado de espíritu.

No creo exagerar hablando así; la experiencia me ha ayudado á comprobar que ese estado achacosó no aguarda los treinta años para declararse; se le ve despuntar desde los veinte, aún antes de la edad en que, según la fisiología, las apófisis quedan completamente soldadas, y en que el hombre físico está ya completo.

Hay más: fuera de los espíritus que no llegan hasta armarse de un sistema, veis á los que caen bajo el yugo de los prejuicios intelectuales de su tiempo. El prejuicio irreligioso se traduce por aforismos como estos. La ciencia ha demostrado que el milagro es imposible; la ciencia establece que descendemos de los monos; la ciencia prueba que todo se realiza por una evolución irresistible y fatal de la materia.—Por lo que hace á prejuicios políticos, se oye hablar así: el sacerdote es un sér inútil; preciso es que se retire á su sacristía, que no se le vea, que se oculte en sus templos y que no nos estorbe en el orden material cuyo cuidado nos incumbe; y en donde, por otra parte nada tiene que ver, porque su reino no es de este mundo.

¿Puede negarse que tales prejuicios ciegan y comprimen los espíritus de los que pretenden vivir por el pensamiento; y que alzan entre ellos y la fe, una muralla de la Chi-

na, impenetrable, infranqueable? Aún cuando se ponga ante los ojos de esos ciegos un testimonio irrecusable, y se les prueba que Jesús ha testificado su divinidad, y que el testimonio de Jesús es aceptable, ellos quedan sordos y ciegos; escuchan, pero no oyen; miran y no ven; permanecen fijos en su prejuicios y sus teorías; es como si hubieseis hablado en chino á un europeo.

Creed, sin embargo, Señores, que á pesar de la severidad de mi lenguaje, guardo en mi conciencia de apóstol conmiseración profunda para los que gimen, lejos de la fe, bajo la triste esclavitud de sus vanos sistemas y de sus prejuicios.

Que la juventud, sobre todo, aprenda á defenderse de ellos. En nombre de la libertad por la cual tiene culto; de la franqueza que es su honra; de esta gran razón universal y sencilla que la alumbra con su potente claridad; que esquive todos los yugos y que los rompa. Sólo un maestro es digno de ella: el Cristo. ¡A sus piés pueda encontrar su mejor inspiración y su divina salvaguardia!

Los que viven por el corazón, se hallan en otro estado y entre otras dificultades que debo señalarlos.

El sentimiento del hombre tiene cierta tendencia á divinizar su objeto y hacer de él un ídolo oculto; el que vive por el corazón, sin dejarse gobernar por una sabiduría superior, es forzosamente llevado por ese movimiento de idolatría afectiva, que es uno de los grandes hechos de la naturaleza humana. Las mujeres que me escuchan pueden dar testimonio de la verdad de mis palabras.

Cuando el hombre es arrastrado por el sentimiento, se absorbe en su objeto y nada ve fuera, ni abajo, ni encima de él. Es eso una especie de hechizo que no deja ni la libertad de pensar, ni la de querer, ni la de obrar, y los así